

Conflicto entre París y Teherán

Nelson A. Vallejo G.

Exiliados de Irán por la revolución islámica o por la terrible represión que siguió al triunfo del Imam Khomeiny, la mayoría de los ideólogos de la oposición iraní escogieron refugiarse en Francia. Esa decisión fue el resultado de una afinidad entre los intelectuales iraníes y el pensamiento francés en donde fueron formados; y no como piensan algunos, el hecho de que la Francia, debido a su alianza política con Irak, sea a menudo representada en Irán como uno de los principales adversarios occidentales del régimen de Teherán.

El conflicto entre París y Teherán se declaró abiertamente con la llegada a la capital francesa, el 29 de julio de 1981, del expresidente iraní, Bani Sadr, destituido por Khomeiny el 21 de julio del mismo año; acompañado de la "bestia negra" del régimen de Teherán, M. Massoud Radjavi. Las autoridades iraníes pidieron entonces al gobierno francés la restitución de los dirigentes en cuestión, acusados en Irán de ser los responsables del terrorismo anti-gobierno que hizo, en cuatro meses, más de mil muertos. M. Guy Geoggy, de irse de la respuesta de París fue de pedir a su embajador, M. Guy Geoggy, de irse de Teherán.

Bani Sadr y Radjavi se mostraron entonces demasiado optimistas y multiplicaron sus declaraciones e imprudencias con los periódicos diciendo que "pronto llegaría el fin de la sangrienta dictadura de Khomeiny". Fin que al parecer se juntó con el infinito de una línea paralela. Poco a poco los dos dirigen-

tes de la anti-revolución iraní, encerrados en un castillo a 30 kilómetros de París y guardados celosamente por guardias franceses, se convirtieron en estatuas de lujo y frivolidad.

De paso por París; M. Ghassembu, jefe del partido democrático del Kurdistan iraní, la sola organización que continúa aún una lucha armada contra el régimen de Khomeiny, se lamentaba del rechazo de Radjavi y Bani Sadr a la invitación de hacer parte del Kurdistan en Irán mismo. "Hubiéramos podido hacer muchas cosas juntos", dijo Ghassembu al periódico parisiano Le Monde, hablando de la posición que dicho jefe hizo al Consejo Nacional de la Resistencia Iraní (CNR), del cual él hace parte, de instalarse en la mesquita de Kurdistan; pues, dice Ghassembu: "una oposición que se encuentra a miles de kilómetros de Irán influye poco el pueblo iraní".

El expresidente Bani Sadr, símbolo legítimo del CNR a nivel internacional, había nombrado, el 1 de octubre de 1981, Radjavi, presidente del CNR y le encargó la dirección de un gobierno provisario en Irán. Las formaciones Monárquicas fueron excluidas de entrada mientras que las organizaciones de inspiración liberal o marxista se negaron a cooperar, debido a la presencia de M. Bani Sadr, acusado de haber "colaborado con el régimen de Khomeiny".

Sin embargo, son los más activos y los mejor organizados, los moudjahid del CNR; gozando así de una buena reputación puesto que fueron los primeros en descubrir y combatir los aspectos retrógrados del régimen de Khomeiny.

En el mismo Irán, los moudjahid pa-

garon duramente el precio del error tremendo que cometieron en 1981 lanzándose abiertamente a la lucha armada contra el régimen de Khomeiny. Fueron entonces víctimas de una represión que asesinó 20.000 moudjahid al final de 1981. La policía política de Irán, al mando de Khomeiny, asesinó el 8 de febrero de 1982 al jefe militar de los moudjahid Moussa Khiabani, con casi todos los miembros de su estado mayor.

¿Qué queda entonces hoy de esta organización? el título de la clandestinidad, la muerte de casi todos sus miembros y la difícil lucha en silencio de los pocos militantes que le quedan. Una cosa es segura, es que abandonaron la lucha urbana armada. Parece sin embargo, que recomenzaron nuevamente una lucha, teniendo como objetivo la organización de masas por medio de afiches en los muros de las principales ciudades de Irán.

El callejón en que se encuentra la oposición iraní es debido al divorcio entre Radjavi y Bani Sadr, opuestos en particular en el problema de la guerra contra Irak. El expresidente iraní Bani Sadr, no aprecia la comprensión que muestra Radjavi con Bagdad; así el primero diga que ocupa todas sus fuerzas en poner fin a esa guerra sangrienta e impopular que contribuye a reforzar el régimen de Khomeiny.

La familia imperial no escapa a las estériles querrelas y divisiones. Es así que la princesa Azadeh Chafik, hija de la hermana gemela del Chah, encabeza un combate solitario contra las otras monarquías por una monarquía constitucional con un gobierno de izquierda don-

de el rey sería la garantía de la estabilidad del régimen.

Aunque divididas las monarquías iraníes están convencidas de que el futuro de Irán les pertenece, y que, al fin de cuentas, cansado de "excitaciones y exageraciones" del régimen islámico, el pueblo iraní acogerá con los brazos abiertos el joven príncipe Reza Pahlavi.

No parece, sin embargo, que los grupos de oposición monárquica sean lo suficientemente fuertes para precipitar en Irán un tal proceso.

Quedan los grupos, de oposición al régimen islámico, de inspiración marxista. Los Fedayins del pueblo, quienes, al comienzo de la revolución de 1979, constituyeron una de las principales fuerzas políticas del país se han dividido en dos partes: la "minoría", completamente opuesta al régimen islámico, y la "mayoría", quienes partidarios de un apoyo moral al Imam Khomeiny, se habían aliado con el partido comunista Toudeh para tratar de "enderezar una revolución dispersada". Luego de la represión sin nombre sufrida por los comunistas de Toudeh, los fedayins, mayoría, se dividieron en varias subtendencias difíciles de contar, tanto son numerosas.

Esta historia de la oposición entra el régimen de Khomeiny en Irán y en París: incapaces de unirse y de remontar tantas contradicciones, se encuentran reducidos a una represión total. También los partidarios de la oposición pusieron sus esperanzas en la desaparición de Imam Khomeiny, la cual, estiman abrirá nuevos horizontes al poder político en Irán.